

se extravía en las tinieblas del espíritu y se hace culpable de las fechorías más contrarias á la naturaleza, cuando llega hasta á negarse á sí mismo, ¿qué busca aun en su ruina? La felicidad.

La desgracia más grande de los hombres está en llevar en sí ese deseo de felicidad, indeleble, insaciable, tratando siempre de satisfacerlo con cosas que no son capaces de satisfacerlo ni son dignas de él.

No puede uno pararse á examinar la agitación de este pobre mundo ciego, sin que experimente dolor profundísimo. ¡Hay almas tan nobles que tienen ilusiones tan terribles! ¿No tienen á quien confiarse para que las conduzca por camino recto? Ó bien, después de tantas decepciones como han experimentado, ¿han perdido el deseo de llegar á la felicidad? ¡No! ¡seguramente no! Á pesar de todos esos cambios á que están expuestas, no pueden ni desprenderse de la fe que tienen en la felicidad, ni apagar la sed devoradora que hace nacer en ellas la felicidad.

Las pruebas que pudiéramos citar son esas tentativas sin fin, que hacen para encontrar el objeto que pueda llenar su corazón. Hoy es el teatro, mañana una fiesta, aquí el juego, el baile, una conversación insulsa; allá la música, la orgía, la más vil degradación donde llega uno á olvidarse de sí mismo; más allá el sosiego de la conciencia por un arrepentimiento pasajero y sin fuerza y por una oración á medias. Jamás un pensamiento serio, ó bien ligeras agudezas, ocupaciones de fantasía y lecturas ligeras; finalmente, días enteros pasados en el *farniente*, en el embrutecimiento y en la embriaguez de sueños voluptuosos. Se hace insoportable el silencio del corazón y se le reemplaza con esas inclinaciones inveteradas, que arrastran al lujo en los vestidos y á los placeres, con todos esos deseos de ver y de ser visto, con las murmuraciones funestas y las conversaciones peligrosas. Engañadas mil veces, buscan todavía la felicidad las víctimas de esas locuras; pero la buscan siempre en cosas que saben perfectamente que no

se la pueden dar. No de otro modo, abrasado de sed ardiente el viajero del desierto, engañado por el espejismo, busca la fuente refrigerante y la sombra deliciosa; pero se desvanece todo en nubes de polvo, cuando cree que ha llegado á encontrarlas. Doblemente extenuado, se deja caer en la abrasada arena. Entonces se presenta de nuevo el espejismo, levántase el viajero para volver á comenzar la marcha más sediento que antes, y segunda vez se siente engañado. Suponiendo que tercera vez hiere su vista el espejismo, hace lo mismo que la primera y segunda vez, renueva los mismos esfuerzos, y, acaso, con ardor siempre creciente.

Así obra el mundo, tan digno de lástima, porque no muere el deseo de la felicidad, como no muere el Dios que lo produce, y como no muere el alma que lo sustenta. ¡Si tuvieran esas pobres almas alguien que les indicase el camino recto que las condujera al verdadero fin! Mas ¡ay! las rodean y se apiñan en su derredor aduladores, seductores, panegiristas; son los compañeros de sus pecados, los que oprimen sus conciencias, los que oscurecen su inteligencia. No hay quien hable á su oído palabras de verdad.

Y lo más aflictivo de todo esto es que, por su falta, se han creado tan triste situación. Sería más fácil su empresa, si hubiera quien les mostrase el camino de la fuente que puede evitarles morir de sed. Pero ¿quién sabe? quizá tengan en la vecindad un amigo de la verdad y no permiten que se les aproxime, ó acaso le tapan ellos mismos la boca. Y si son desgraciadas, porque no tienen «hombre» ¿no tienen en sí mismas y no llevan consigo el heraldo de la verdad? ¿Por qué no permiten que les hable su conciencia? ¿por qué no preguntan á su razón? Esa razón conoce y dice la verdad. ¡Si se la quisiera oír siquiera! ¿Por qué languidecer de sed en ese desierto? ¡Así estaba tendida Agar esperando la muerte, y á su lado brotaba la fuente de vida! Pero estaba pensando ella en otra cosa, y buscaba por otra parte, hasta que le abrió los ojos el Ángel. <sup>(1)</sup> Abre también tú los ojos: ¿por qué buscas en

(1) Génesis, XXI, 19.

derredor tuyo lo que tan fácilmente puedes hallar en tu corazón? Cerca de ti murmura la fuente de agua viva, ó más bien, el inagotable océano de la vida; ¿te obstinarás en morir de sed en sus orillas? Millares y millares de almas han venido á esta fuente, «han bebido de esta agua y no tendrán más sed». <sup>(1)</sup> Millares y millares vienen hoy todavía á esta fuente de vida, á este mar de consuelos, á este sol de verdad. Se acercan á él como aquellas estrellas que en tan hermosos versos cantó el poeta. «Rehaciéndose allí como en su origen los otros astros, sacan la luz de sus urnas de oro, allí dora sus puntas el planeta de la mañana. Por impresión ó por reflexión aumentan esos astros su escaso brillo». <sup>(2)</sup>

Sólo tú tienes vacías las manos, porque tu sólo te quedas atrás. ¿No has conocido ya suficientemente que son muy pequeños y muy poco estables todos los otros bienes, y que no pueden ni llenarte ni serte fieles? Ensayá el único bien que es realmente bueno y eternamente fiel, cuando encuentra á alguien enteramente puro para recibirle con toda sinceridad, «el único bien verdadero y cuya altura toca al fin». <sup>(3)</sup> Deseas la verdad porque no puedes vivir sin ella; pero en ella posees la verdad eterna. Tienes sed de consuelos; él es el consuelo supremo, y el único verdadero consolador. Quieres poseer con seguridad lo que posees y quieres estar garantido contra el temor de perderlo; es la vida eterna y comunica esa vida á todos los que se entregan á él. ¿Qué te puede faltar, si estás en posesión de la verdad, del consuelo, de la vida y del soberano bien? Y si nada te falta, estás satisfecho, descansado, lleno; eres feliz.

**10. Nuestra desgracia y nuestra felicidad.**—El que ha recibido la misión de velar por las almas, se encuentra á veces con algunas con las cuales no sabe que hacer en absoluto; son frías como el mármol, pesadas como el plo-

(1) S. Juan, IV, 13.

(2) Milton, *Paradis perdu*, 7, 364 y sig.

(3) S. Agustín, *Mor. Eccl. cath.*, 1, 3, 5.

mo, cerradas como si lo estuvieran con siete sellos. Entre los pobres no abundan estas almas; se las encuentra en mayor número entre los que están orgullosos de su ilustración y gozan de cuanto puede ofrecer la tierra. El orgullo y los placeres les han hecho perder á Dios, al mismo tiempo que se han perdido á sí mismos. Pero hay algo que en ninguna manera conceden ni permiten que se trasluzca, y sin embargo, nada hay más claro y patente. Están tan seguros, como si en sí no tuvieran más que obras buenas. «De ellos aprenderás sabiduría y doctrina de inteligencia y á servir á los magnates sin queja». <sup>(1)</sup> No conocen falta alguna, á cada aviso oponen un corazón de acero; les ofenden las preguntas, como si en su secreta morada quisiera entrar un indiscreto; acostumbrados á no escuchar jamás una palabra enérgica, parece que consideran el lenguaje de la mansedumbre, como si de derecho se les debiera. ¿Será necesario abandonar á esas pobres almas á sus propias fuerzas? Pero, después de haber perdido su fin, se pierden también á sí mismas.

¿Cómo volverlas á su fin, si hacen imposible toda aproximación? Hay todavía un medio de sacarlas, y que con frecuencia da resultados magníficos. ¿Eres feliz? No contestan, aunque sea una contestación el silencio. Necesitamos una puerta abierta para deslizar por ella una palabra seria; necesitamos una llave para abrir esa triple coraza que encierra su pecho. Has sido feliz en otro tiempo ¿no es verdad?—La respuesta es un profundo suspiro.—¿Y hace mucho tiempo?—Desgraciadamente.—¿No lo eres ahora?—¿No!—¿Querrías serlo de nuevo?—¿Feliz? ¿Yo otra vez feliz? ¿Quién me habla de felicidad? Pero ¡cierto! Nadie ha sido creado para ser infeliz: tú tampoco. Entonces, ¿que necesito para ser feliz?—Te insinuaré sólo dos palabras de San Agustín: son cortas, pero lo comprenden todo: también él fué un día desgraciado como ninguno; y llegó á ser tan feliz como el primero. Por eso nadie como él ha sabido pintarnos la desgracia y la felicidad del hombre. Escucha

(1) Eclesiástico, VIII, 10.

lo que dice de la desgracia: «Habéis ordenado y es así, ¡Dios mío! que todo espíritu que está fuera del orden, sea para sí mismo su tormento». <sup>(1)</sup> ¡Lo comprendes?—¡Ah! sí, demasiado.—También él lo comprendió, y con esto lo dijo todo: no hubiera podido decir más.—Sí, estoy perdido, y perdiéndome, he perdido á Dios, y con Dios, mi felicidad, mi todo.—Pues bien, busca de nuevo á Dios, y con él encontrarás todo lo que has perdido, á ti mismo, tu felicidad, tu todo. Pero sólo con la condición de buscar de nuevo á Dios. Y aquí viene bien la segunda palabra del mismo que tan bien conocía los corazones: «Señor, nos habéis hecho para Vos, é inquieto está nuestro corazón hasta que descansen en Vos». <sup>(2)</sup>

(1) S. Agustín, *Conf.*, 1, 12, 19.

(2) S. Agustín, *Conf.*, 1, 1, 1.

## APÉNDICE I

### LA PRETENDIDA FELICIDAD DE LOS ANTIGUOS

1. **Glorificación exagerada de la antigüedad.**—Se ha abandonado desgraciadamente la antigua literatura clásica en nuestros tiempos de pretendidos esfuerzos realistas, y esto en detrimento de una educación más culta y de más ideal dirección del espíritu. Aplastador es el contraste, comparado con los tiempos pasados. En otros tiempos, se llevó tan lejos la pasión por la antigüedad, que hasta se sentían casi obligados á honrar los falsos dioses y á imitar los vicios de los antiguos para tener con ellos mayor semejanza. Parece que nada pueden hacer los hombres con peso y medida; hasta el modo de cultivar la historia es ó idolatría ó desprecio absoluto de la misma. Imposible es, ó al menos parece serlo, formar un juicio imparcial, ó tener un modo de pesar tranquilamente los bienes y los males de una época ó de una persona. Oblíganos á presentar esta acusación la inmoderada admiración siempre creciente de todo lo antiguo y de todo lo que con la antigüedad tiene alguna relación. Se burlan de los cristianos, porque veneran con respeto el Sepulcro del Maestro, ó las criptas en que reposan las reliquias de los Apóstoles; pero es para ellos objeto de culto verdaderamente idolátrico una baldosa hallada en el Foro y que quizá pisó Cicerón cuando iba á la Rostra, si no es que la arrojó allá algún vándalo. Aun hoy no ha pasado de moda esta especie de éxtasis. Es cierto que la mayoría, ni conocimiento tienen de las cosas de la antigüedad, pero esos vacíos los llena también el ciego entusiasmo. La razón de todo esto, razón